

MEMORIA DE SUSO JARES

ROMÁN RAÑA LAMA

FARO DE VIGO

11.12.2009

No puedo nombrar a Xesús Rodríguez Jares sin unir su recuerdo a lo que escribo. Pienso que su que-hacer de pedagogo, de animador cultural, de agita-dolor de conciencias, de impulsor de iniciativas ciudadanas a favor de la paz y la convivencia, estuvieron presididas, siempre, por una pasión sin límites. Hablaba con rigor y vehemencia de la deriva ultraliberal de la economía, que iba excluyendo a inmensas capas de la población del reparto de la riqueza.

Le repugnaba la violencia y los totalitarismos, el furor reaccionario, el conservadurismo recalcitrante, el despotismo ocultado. Adoraba el jazz y el chocolate, reverenciaba el vino con una mezcla de ceremoniosa complacencia y de escrupulosa atención. Bebía la música con goloso placer. Tocaba la guitarra y el saxo con porosa disciplina y cantaba en las fiestas con su voz de aldea dócil, de río y cornucopia. Se burlaba de los dogmas, de la ira de los fanáticos, de la brasa de los inquisidores. En medio de las conversaciones, como una bengala inesperada, reía en francas carcajadas destilando una alegría total. Y aquella risa era un don.

Como pensador tenía varias obsesiones. La primera era que los conflictos, su resolución, contenían un lado positivo, que era el de enfrentarse a los problemas, de asumir que el conflicto nos coloca en posición de privilegio para desestapar las contradicciones y tratar, por medios siempre pacíficos, de resolverlas. Las otras dos manías eran el pacifismo y la tolerancia. Para él, el objetivo irrenunciable era la Paz y el medio ineludible para conseguirla, el diálogo. En los duros momentos de la ofuscación conservadora mantuvo en público, con valentía y coraje, la defensa constante del diálogo.



La aparición de sus libros Educación y derechos humanos (1998), Construir la paz. Cultura para la paz (Cdor., 1996), Aprender a convivir (2001) y Técnicas y Juegos cooperativos para todas las edades (2005), confirman la irrupción de su espíritu rebelde, insurrecto ante un mundo completo de injusticias sociales y sumergido, muchas veces en coordenadas autoritarias. Cada uno de ellos supone un escalón en su encarnizada lucha contra la realidad que le tocó vivir. Su obra nos dice que ningún mal que asola el planeta debe escapar a nuestra inteligencia. Sus obras no postulan una verdad, simplemente son una tentativa de comprensión de las verdades incómodas y un interrogante feroz sobre el modo de superarlas.

Acerca de los problemas del mundo, del crimen de las naciones civilizadas sobre sus protectorados devastados por las enfermedades endémicas, por la hambre, por el desorden sanitario, por la propagación del sida, por las atrocidades cometidas para controlar la producción y obtención de materias primas o la pura dominación de los recursos naturales, Suso aplicaba la máxima de Elio Vittorini (Diario en público): “toda falta de bondad acaba resumiéndose en una falta de justicia”.

Suso siempre decía que los derechos humanos constituyen la religión laique de los laicos. Por eso impregnaba de fervor todas sus actividades. Y de fiesta. No era posible convivir con él sin acabar riéndose de muchas cosas, incluso de las más serias, incluso de sí mismo. La risa era una emanación de su alma, siempre contagiosa y pertinaz, como su agudeza crítica.

En los momentos últimos, cuándo la enfermedad le ecechaba, mantenía una entereza ante la vida, ante el amor de Paz y Sira, verdaderamente asombrosa. No desfallecía ante la flaqueza del cuerpo, ante el infortunio de la dolencia. Mantenía siempre viva en el corazón la conciencia de la amistad y la perseverancia de la ética. Vivir tiene un sentido moral.

Trabajar por la paz incumbe a la conciencia de todos. El deseo de mejorar el mundo no es distinto del del enamorado por aumentarlo, hacerlo parte de sí y de la pasión que lo habita. La lucha por la paz es un abrazo con el mundo para transformarlo, para despojarlo de sus lacras nefastas. En sus escritos, como en su vida, encontraremos la



dosis necesaria de ternura, de rebeldía, de dulce lealtad, de afirmación de la esperanza. Cada libro es un acto irreplicable, cada causa es única. Así fue Suso Jares, irreplicable como cada libro, único como cada causa.

